



Homilía en la conmemoración de los 400 años de la fundación del Monasterio de las MM. Concepcionistas de Ágreda Monasterio de las MM. Concepcionistas – 13 de enero de 2019

“En el año de nuestra redención de mil seiscientos y diez y nueve, a trece de enero, dominica y octava de la Epifanía del Señor, se dio principio a la fundación de este convento” (Autobiografía Sor María de Jesús de Ágreda)

Queridos hermanos sacerdotes;
Hermanas Concepcionistas Franciscanas;
Queridos todos:

La Eucaristía es siempre acción de gracias a Dios. Y esta mañana de modo especial porque se cumplen los cuatrocientos años de la fundación del Monasterio original de la primera comunidad en la misma casa de los padres de la Venerable Sor María de Jesús, Francisco Coronel y Catalina de Arana. Damos gracias a Dios porque, a lo largo de estos cuatrocientos años transcurridos desde entonces, generaciones de mujeres cristianas han abrazado la vida de plena consagración al Señor. Mujeres que han hecho del *seguimiento de Cristo* como Esposo de la Iglesia la razón de su vida, entregadas por entero a Él. El Papa Pío XII publicaba en el año 1950 la Constitución Apostólica que lleva precisamente por nombre *Sponsa Christi Ecclesia*, (La Iglesia, esposa de Cristo) dirigida a la vida monástica femenina.

La imagen de alianza matrimonial manifiesta de forma sublime la relación amorosa de Dios con la humanidad y con el pueblo elegido que encontrará su plenitud en el amor de Cristo por la Iglesia. Escuchad con atención estas bellas palabras del Papa Francisco: *“La vida consagrada es una historia de amor apasionado por el Señor y por la humanidad: en la vida contemplativa esta historia se despliega, día tras día, a través de la apasionada búsqueda del rostro de Dios, en la relación íntima con él. A Cristo Señor, que «nos amó primero» (1 Jn 4, 19) y «se entregó por nosotros» (Ef 5, 2), vosotras mujeres contemplativas respondéis con la ofrenda de toda vuestra vida, viviendo en Él y para Él, «para alabanza de su gloria» (Ef 1, 12). En esta dinámica de contemplación vosotras sois la voz de la Iglesia que incansablemente alaba, agradece y suplica por toda la humanidad, y con vuestra plegaria sois colaboradoras del mismo Dios y apoyo de los miembros vacilantes de su cuerpo inefable” (Vultum Dei quaerere 9)*. Es lo que hemos escuchado en la lectura del profeta Isaías: *“Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he cogido de la mano, te he formado, y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones”*.

En el inicio de la vocación religiosa está siempre la fe en el poder y el amor de Dios, ya que lo que no podemos por nosotros mismos, como es el rechazo del pecado y la elección de Dios como único Señor de nuestra vida, es una gracia que el Señor concede a quien llama. Dios llama y seduce para ir transformándonos y conformándonos a imagen de Cristo, el Hijo amado en quien Dios tiene sus complacencias, como acabamos de escuchar en el Evangelio. Seguir a Cristo significa, por ello, dejarse transformar sin condiciones, y exige pasar por el duro desierto de la renuncia al pecado y la conversión plena del corazón. Se trata de optar por el Esposo que, a quien ama, *“lleva al desierto, para hablarle al corazón”* (Os 2, 16).

En la vida consagrada, queridas hermanas, tienen lugar estas bodas con el Esposo de la Iglesia y sólo se pueden dar cuando el corazón se ha entregado completamente a Dios y se siente amado por el amor de Cristo, como dice el apóstol Pedro en la lectura de los Hechos de los Apóstoles: *“Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea”*. Estamos en un momento de sequía vocacional. Es difícil que prospere cualquier vocación cristiana, entre ellas la llamada a la vida consagrada, porque nuestra sociedad deja cada vez menos espacio a Dios. Asistimos en la Iglesia a una falta de entusiasmo misionero y a una acomodación a la mentalidad del mundo que, por un lado, dificulta la siembra de la Palabra de Dios y, por otro, desbarata frecuentemente su incipiente crecimiento. La planta siempre delicada de la vocación religiosa se arruina por las zarzas y abrojos de tantas dificultades y, particularmente en estos momentos, se ven amenazas las vocaciones femeninas, afectando de forma muy seria a las comunidades contemplativas. Pero, como dice el Papa Francisco en su documento dirigido a la vida consagrada *“Testigos de la alegría”*, *“que entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas, porque un seguimiento triste es un triste seguimiento. También nosotros, al igual que todos los otros hombres y mujeres, sentimos las dificultades, las noches del espíritu, la decepción, la enfermedad, la pérdida de fuerzas debido a la vejez. Precisamente en esto debemos encontrar la perfecta alegría, aprender a reconocer el rostro de Cristo”*.

Pidamos a Dios vocaciones a la vida consagrada, al tiempo que agradecemos el regalo maravilloso que supone la vida contemplativa en la Iglesia, señal clara del don de Dios y de la fecundidad de la fe de nuestros antepasados. Hoy damos gracias a Dios por vosotras, Concepcionistas Franciscanas, que desde hace cuatro siglos honráis a Dios entre estos muros siguiendo la estela de la Madre Ágreda. Y queremos, como Iglesia diocesana, acrecentar el vigor de nuestras comunidades cristianas, de nuestras familias, parroquias y movimientos, para que sean transmisoras de la fe e impulsen vocacionalmente a aquellos que han conocido a Cristo y se muestran dispuestos a seguirlo en la vida consagrada. Necesitamos la vida contemplativa femenina en la Iglesia porque sois el *“corazón orante, guardián de gratuidad, riqueza de fecundidad apostólica y de una misteriosa y multiforme santidad”* (Cor orans, Introducción).

Queridas Hermanas Concepcionistas: hoy damos gracias a Dios por el don que ha hecho a nuestra Diócesis a lo largo de estos cuatrocientos años de vida de vuestra presencia en Ágreda. Que se digne el Señor bendecir esta comunidad y os conceda la gracia de verla renacer para poder disponer de la fecundidad espiritual que vuestra escondida oración genera y que alcanza a la Iglesia entera. Dios da vida a todo lo que ama, por eso vuestra comunidad es un manantial de alegría que envuelve y traspasa sus muros. Cada una de vosotras buscó la Verdad y la Verdad misma le abrió sus brazos. Hoy sois esposas de Cristo y vivís escondidas en Dios a través de la oración y la contemplación.

Tengo que hacer obligada referencia a la obra cumbre de la Madre Ágreda, “*La Mística Ciudad de Dios. Vida de la Virgen María*”. Mucho se ha escrito sobre ella pero no perdamos de vista lo más importante: el amor de Sor María de Jesús a la Virgen y su defensa acérrima de la Inmaculada Concepción de María. No se equivocaba al proponernos a María como modelo de todo cristiano y de la vida contemplativa. “*A lo largo de los siglos, la Iglesia nos ha mostrado siempre a María como summa contemplatrix. De la anunciación a la resurrección, pasando por la peregrinación de la fe culminada a los pies de la cruz, María queda en contemplación del Misterio que la habita. En María vislumbramos el camino místico de la persona consagrada, establecida en la humilde sabiduría que gusta el misterio del cumplimiento último. A ejemplo de la Virgen Madre, el contemplativo es la persona centrada*” (Vultum Dei Quaerere 10).

Termino mis palabras recitando la oración para el día primero del Triduo a la Venerable:

*Santísima Virgen María,
Sor María de Jesús escribió cosas grandes de Ti.
Con sus mismas palabras te suplicamos:
Tú quieres y me mandas que te imite; stampa y graba en mí tu viva imagen.
Tú sembraste la semilla santa de tu devoción en mi terreno corazón;
guárdala y foméntala, Madre, Señora y Dueña mía, para que dé fruto centésimo.
Encamíname hasta el fin, mándame como Reina, enséñame como Maestra
y corrígeme como Madre. Amén.*

**✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria**